

V

Los Caños.—La Ciénaga.—Gaira

Al día siguiente de mi llegada á Barranquilla, me levanté temprano para ir al puertó, con la esperanza de hallar algún *bongo* que saliera para Pueblo Viejo, villa situada al pie de los montes de Santa Marta. El único patrón que dijo estar dispuesto á llevarme, era un hombre de tan mala catadura, que casi estuve á punto de aplazar mi viaje hasta pasados tres días que faltaban para la salida del *bongo* correo; pero, en estas dudas, levanté los ojos por encima del horizonte y ví una línea azul, apenas visible, trazada en el espacio: eran las cimas de Sierra Nevada, hacia la cual viajaba desde hacía mucho tiempo y que consideraba como mi patria futura.

No vacilé un momentó; hice que me trajeran mi equipaje al *bonguito* que me ofrecían; llamó el patrón á sus dos remeros, compró su provisión de bananas y de yucas y desató la cuerda que amarraba á la orilla la pequeña embarcación.

Después de haber navegado penosamente por entre las cañas de los pequeños caños, llegamos río arriba por un lado del delta, cuya anchura de varios kilómetros parece un mar con cabos, estrechos é islas, pobladas de exuberante vegetación. Los árboles de las orillas apenas apa-

rentan tener la altura de nuestros pequeños sauces, y los altos cocoteros, hacia los cuales se dirigía nuestro *bonguito*, presentaban el aspecto de pequeñas banderitas flotando como pabellones. Una hora de travesía nos bastó para llegar á un árbol gigantesco situado al origen mismo del delta, entre los dos brazos del río.

Los remeros, bastante cansados y con buenas ganas de echar una siesta, ataron la barca á una raíz, devoraron un poco de pescado y empezaron á dormir tranquilamente. En cuanto á mí, me dí prisa en abandonar su molesta compañía y me interné en un bosque de cocoteros, sentándome sobre la hierba, cerca de una pequeña casa de ladrillo, rodeada de bananeros. El espeso follaje no dejaba llegar hasta mí más que una luz casi crepuscular; sólo por debajo de los árboles, á la entrada del bosque, veía brillar el agua amarillenta, herida en pleno por los rayos del sol. Una vaca errante dirigía hacia mí sus miradas, y dos niñas de tez morena, ocultas detrás de los árboles, examinaban á hurtadillas al viajero que intentaba dormirse bajo los cocoteros.

El conjunto del paisaje formaba un cuadro gracioso, y yo lo contemplaba sin preocuparme de cierto picor que experimentaba por todo el cuerpo. Poco á poco esta picazón se hizo intolerable, é inmediatamente me apercibí, no sin terror, de que estaba materialmente cubierto de *garrapatos* verdes y rojos, que se me bebían la sangre por infinidad de imperceptibles heridas. Todos los esfuerzos que hice para librarme de estos enemigos, fueron vanos; fué necesario que me entregara sin resistencia á la voracidad de estos insectos y esperar estoicamente á que se hincharan de sangre y se cayeran ellos mismos.

Me era imposible continuar más tiempo á la sombra de los pérfidos cocoteros y fui á despertar á mis compañeros, que se levantaron muy contra su voluntad, y cogieron los remos con bastante mal humor. No obstante, nos pusimos en marcha, y el movimiento, la brisa fresca que soplaba por el río, la alegría de ver desarrollarse el paisaje, calmáronme un poco la irritación producida por las picaduras de los garrapatos.

Luego de haber seguido durante un buen rato una de las orillas del río, erizada de raíces y troncos de árbol, el bonguito penetró repentinamente en un pequeño canal, cuya entrada estaba obstruida por zarzales sobre los que descansaban enormes iguanas entretenidas en hinchar y deshinchar sus cuellos. Este canal, conocido con el nombre de Caño Clarín, ha sido abierto por la mano del hombre sobre una masa de aluvi6n, y une al Magdalena con las lagunas que llenan ahora el antiguo cauce de este río; su anchura es apenas como una de esas zanjas que en Francia dividen una propiedad de otra y yo me daba el placer inocente de saltar por encima del bonguito de uno á otro lado. Por el pequeño canal no pueden cruzarse dos embarcaciones, y cuando esto sucede es preciso que una de ellas retroceda hasta el río ó hasta las lagunas del interior. Este pequeño contratiempo no podía faltarnos, y cuando ya estábamos un cuarto de hora navegando, tuvimos que regresar á la entrada misma de Caño Chico, para dejar paso franco á otra embarcación.

Hacia el medio día, los remeros amarraron el bonguito para volver á dormir un poco. El sitio elegido tenía poco de agradable: era un bosque de manzanillos atravesado en todas las direcciones por las sendas que trazaban los animales de un

ranchito próximo. Los manzanillos, por su escaso follaje dejaban pasar los rayos del sol con toda su fuerza y, en cambio, privaban el paso del aire, respirándose al pie de estos grandes árboles una atmósfera asfixiante por efecto de las emanaciones de las lagunas inmediatas. Nubes de mosquitos volaban susurrantes alrededor de los troncos y en el suelo no crecía ni una pequeña hierba: cebrado caprichosamente por la luz, estaba lleno de frutos chafados y podridos. Aquí, pues, se durmieron tranquilamente mis compañeros, mientras que yo rodaba errante de un lado á otro, no para evitar el sueño fatal, que, según los relatos poéticos, desciende de las hojas del manzanillo, sino para libramme un poco de las picaduras de los mosquitos. De cuando en cuando, cogía alguno de esos frutos verdes, cuyo perfume es tan delicioso, y que, sin embargo, producen la muerte al desgraciado que se los come: imagen fiel de la naturaleza encantadora de los tr6picos.

Luego de haber dado vueltas por el bosque, volví á donde estaban los compañeros dormidos y, con más envidia que otra cosa, estudié cómodamente sus caras. Debo declarar que estos hombres me producían cierto miedo, y la proximidad de la noche que debía pasar en su compañía, me llenaba de espanto; sobre todo en medio de esas lagunas desiertas, donde los gritos de un hombre á quien se asesina, no hubieran hallado otro eco que los gritos de los monos y los pajarracos. El patrón de la barca era un viejo negro de cara arrugada, pequeños ojos irónicos y boca contractada por falsa risa; durante toda la mañana no había cesado de mirarme con cierta avidez, como las aves de rapiña cuando dan vueltas alrededor de su víctima. De los dos remeros, el de más edad, tenía el color

de la cara de un gris azul antipático, color que indica el cruzamiento de diversas razas; su frente y su cara estaban surcadas por varias cicatrices ribeteadas de blanco y producidas tal vez por machetazos en alguna riña. Mientras remaba, sus ojos feroces se fijaban en mí con frecuencia; una vez, hasta le sorprendí examinando el cerrojo de mi maleta y dando tirones al candado. El tercero, joven indiano de pequeña estatura, pero fuerte y musculoso, me parecía menos temible que los otros; había en su mirada cierta bondad y mucha dulzura en sus movimientos: tomé, pues, la resolución de convertirlo en mi amigo, para que me defendiera de los demás, en caso necesario.

En cuanto terminaron la siesta, y los tres remeros se despezaron á su gusto, tomaron asiento en el bonguito y yo entré en conversación con el joven indio. Halagado por mis palabras, adquirió una locuacidad inesperada, y, diez minutos después, me contaba ya su historia como á un buen amigo. Con infantil ingenuidad me declaró que había pasado tres años de trabajos forzados en el presidio de Cartagena por robo con fractura de puertas, etcétera.

Esta revelación inesperada no era la más á propósito para tranquilizarme, pero lancé una mirada al patrón y al otro remero y comprendí que con tal compañía no tenía derecho á mostrarme exigente. Continué hablando, pues, con mi nuevo amigo, y le dí, acerca de los europeos y los yankis, explicaciones que escuchaba con la boca abierta y respetuosa admiración. Luego, le describí las grandes ciudades, los largos carros que se deslizan solos sobre barras de hierro, y los hilos de cobre con los que se hablan los hombres á cientos de leguas de distancia. Por fin, cuando el joven estaba ya

maravillado de tanta grandeza, le expliqué mis planes; le dije que iba á establecerme como colono en un valle cualquiera de Sierra Nevada, en las inmediaciones de Santa Marta, para hacer grandes trabajos de agricultura.

—Yo soy práctico de la Sierra—gritó alborozado—y os conduciré por todas partes. Cuando pase usted por Bonda, pregunte por Zamba Simonguama y tendrá ocasión de ver cómo los indios somos más hospitalarios que los españoles.

Ya no tenía nada que temer; convertido en huésped de Zamba, sabía que en caso de necesidad me defendería hasta la muerte.

Cuando los últimos resplandores del crepúsculo desaparecían del espacio, el bonguito dejaba caer el áncora en las aguas negras del lago Cuatro Horcas, así nombrado porque son cuatro los caños que á él afluyen.

So pretexto de disponer mis maletas en condiciones para dormir, las puse atravesadas en el barco, de modo que todos los cerrojos, vueltos hacia mí, quedaran á mi vista para observar cualquier cosa que con ellos se intentara; luego, le dije al indio que se acostara á mi lado, poniendo un remo, como última precaución, al alcance de mi mano. La luna y la luz zodiacal brillaban con toda su intensidad y me permitían distinguir los menores movimientos de mis compañeros. La brisa de la tarde soplaba impetuosa y recluía á los mosquitos, que vuelan por miriadas sobre las aguas estancadas y las plantas; no me fué, pues, difícil permanecer con la cabeza descubierta y los ojos fijos en la otra extremidad del barco. Los gritos de los monos me tuvieron despierto toda la noche, de lo cual me alegraba, porque el remero de la cara llena de cicatrices no dormía tampoco, y de vez en cuando

levantaba la cabeza para dirigirme miradas feroces. En cuanto al viejo, parecía dormir tranquilamente; ¡los pensamientos criminales que le atribuía, eran tal vez injustos!...

La jornada siguiente la pasamos por lagunas y canales tortuosos, lo mismo que la víspera, pero más hermosos, gracias á la exuberante vegetación que sombreaba las orillas.

Las curvas raíces de los mangles, arqueándose unas con otras, se levantaban á cinco ó seis metros de altura sobre la superficie de las aguas, formando gigantescas trébedes, de las cuales salían los troncos, lisos como los palos de un navío. Por entre los tejidos de esas innumerables raíces aéreas crecían otros árboles más pequeños, naciendo de un suelo menos esponjoso que el de las orillas. Así es la inmensa y temible selva de la cuenca del Magdalena, que se prolonga sin interrupción á más de cien leguas al Sur, hasta el pie de las alturas de Ocaña. Este bosque ha sido atravesado en todas direcciones por los conquistadores españoles. ¡Cuántos de éstos fueron devorados por los cocodrilos y los jaguares! ¡Cuántos también fueron víctimas de las calenturas, bastante más terribles que las flechas envenenadas de los indios Cocinas!

Recuerdo de un descanso que hicimos en la península de Salamanca, á la entrada de la ciénaga de Santa Marta, laguna de una superficie de más de ochocientos kilómetros cuadrados, llena de islotes.

Al Este se levantan las escarpaciones de Sierra Nevada, como formidable muralla protegida por enormes baluartes; por todos los otros lados se extienden vastos bosques creciendo en un suelo de aluviones arrastrados por el río Magdalena. La península de Salamanca, que separa el mar de la

ciénaga, se parece á los *nehrungen* del mar Báltico y á la singular flecha de Arabat, bañada por el mar de Azof y el lago *Asfábites* de los antiguos. Como todas las penínsulas de igual naturaleza, Salamanca ha sido formada á la entrada de la laguna, por las olas cargadas de residuos vegetales: la arena se ha dispuesto gradualmente de modo que forma un cordón litoral; además, los vientos han determinado dunas errantes que se desplazan de aquí y de allá, excepto en los puntos donde se ha elevado, durante el curso de los siglos, algún bosque que les opone una barrera infranqueable. Una sola boca pone en comunicación las aguas salobres y tibias de la ciénaga con el agua, relativamente más fresca, del mar de las Antillas.

La playa donde nosotros desembarcamos estaba sombreada por manzanillos y otros árboles cuyas ramas, inclinadas hacia el suelo, parecen los sauces llorones de Europa; más de cincuenta barcas estaban atadas á las raíces, balanceándose unas al lado de otras; numerosos grupos de pescadores estaban esparcidos por todas partes alrededor de grandes hogueras encendidas en la arena de las dunas y un repugnante olor de pescado inficionaba la atmósfera. Dejando el equipaje bajo la salvaguardia de mi nuevo amigo Zamba, corrí á través de los grupos y me subí en la más alta de las dunas, para mirar al horizonte y descubrir el camino que había seguido desde el mar. Orientado, ví inmediatamente la playa arenosa hasta perderse de vista, formando un vasto semicírculo desde la desembocadura de la ciénaga con el río Magdalena; al Este aparecían los escarpados promontorios de Gaira y Santa Marta, dominados por las azules cimas de Sierra Nevada; al frente, las olas, empujadas por fuerte brisa, venían á deshacerse contra

la playa. Cansado como estaba de lagunas con aguas estancadas, de cienos nauseabundos y del aire tibio y mefítico de los pantanos, respiré desde allí con delicia la brisa fresca saturada de espuma.

Cuando volví al campamento de pescadores, no pude evitar, como antes, las cuestiones que mi presencia en aquellos parajes sugería á aquellas gentes, y, bien á mi pesar, tuve que sentarme sobre la arena, cerca del fuego donde asaban pescado, expuesto al humo de leña verde. Mi amigo Zamba había ensalzado y ponderado mi persona y relatado mis proyectos, y mis interlocutores me preguntaron sobre infinidad de cuestiones relacionadas con la conversación que tuvimos la víspera el indio y yo; no hubo para mí otro remedio que hablar largo y tendido durante dos horas, relatándoles lo que sabía de Madrid, París, Londres y maravillarlos contándoles lo que es en Europa la industria, la ciencia y el arte. Todos me escuchaban con alegría, y yo, contento de tan benévolo auditorio, olvidaba el olor repugnante del pescado, y las molestias del humo sofocante, entregándome por completo al placer de enseñar á los ignorantes lo poco que yo sabía.

El más joven de los pescadores, el que con más atención me escuchaba, había oído no sé dónde, hablar de Atenas. Repentinamente, me interrumpió con las siguientes preguntas: «En Atenas dicen que hay hermosos templos; bellas estatuas. Su universidad será la más célebre del mundo ¿verdad? ¿Es cierto que no existe ninguna lengua como el *latín* de Atenas?» ¡Qué cosa más extraña me parecía el eco de Grecia sobre estas dunas del Atlántico, que tanto distan de ella! ¡Las glorias de Fidias y Demóstenes han empleado dos mil años en atravesar el mar, y actualmente los pescadores ame-

ricanos las mencionan, como si fueran aún las más deslumbrantes del viejo mundo!

Sólo al anochecer pude dejar á mis nuevos amigos.

Ya en el bonguito, izaron la vela, y pocos minutos fueron suficientes para perder de vista los árboles de la orilla. Tomé las mismas precauciones que la noche anterior, y estuve en vela hasta más de media noche, vigilando á los que tan poca confianza me inspiraban. No sucedió nada. Sin embargo, mi desvelo había crecido; no sabía si dormía ó estaba despierto, y los objetos que desfilaban ante mis ojos, desmesuradamente abiertos, me parecían otras tantas quimeras entrevistas en un ensueño. Las olas negras que cortaba nuestro bonguito produciendo un ligero ruido, tomaban formas fantásticas; las hierbas flotantes por entre las cuales pasábamos, parecíanme grandes islas cubiertas de árboles copudos que volaban por la superficie de las aguas con la rapidez de los hipógrifos.

De repente, sentí que nos deteníamos en la desembocadura, á la orilla de un valle; el remero de más edad saltó fuera del bonguito y luego la embarcación continuó su marcha desordenada. Pocos momentos después dormía profundamente.

Cuando me desperté era ya de día; el remero había realmente desaparecido, y el esquife echaba el áncora al lado de otras embarcaciones análogas. En la playa veía las cabañas de Pueblo Viejo. Era día de mercado: negros é indios iban y venían por delante de las chozas, ofreciendo su pescado á gritos desaforados.

Después de haber repetido á Zamba Simongua la promesa de ir á visitar á Bonda, salté del bonguito y corrí por el pueblo inquiriendo los me-

dios de que podía disponer para llegar á Santa Marta. Para ir embarcado, tenía que esperar algunos días la salida de un gran bongo; preferí, pues, alquilar una mula para transportar mi bagaje y continuar ó pie el camino que me faltaba. La distancia de Pueblo Viejo á Santa Marta, es de unos cuarenta kilómetros próximamente: no había motivo para asustarme, y en cuanto hallé la mula, me puse resueltamente en marcha acompañado de un joven indio que me servía de guía. En menos de un cuarto de hora habíamos franqueado un bosque de grandes árboles y nos encontrábamos á la vista de Pueblo Nuevo de la Ciénaga.

Esta población, que designan generalmente con el nombre de la Ciénega, está situada en un llano, como la superficie de un lago, unido á los montes de la Sierra; ésta se presenta ya majestuosa, verde en su base, azul en sus cimas y cortada por grandes valles sombríos, poblados de feraz vegetación.

Por el lado del mar, el suelo se presenta casi desnudo, poblado sólo de plantas bajas, pero alrededor de las casas se ven árboles copudos que hacen de la población un nido de verdura.

El interior de la Ciénaga, no desmiente lo que parece visto á distancia; las calles largas y rectas se ven bastante animadas; las casas, enjalbegadas, están casi todas cubiertas con tejas; por las puertas entreabiertas se ven los jardines interiores con sus arbustos en flor. Por todas partes se veían edificios en construcción, prueba de los progresos materiales de la Ciénaga. El contingente de su población es de unos siete mil habitantes; bastante mayor que Santa Marta, capital del Estado soberano de Magdalena. Sin embargo, la Ciénaga no cuenta en el número de sus habitantes, ni mil que sean de

raza blanca, ni comerciantes extranjeros: está poblada por indios y mestizos que sólo deben su prosperidad á ellos mismos.

Sobre los altos llanos de Nueva Granada, el antagonismo de razas produjo la revolución de los comuneros hacia el final del siglo XVIII, y, finalmente, la expulsión de los españoles; desde esta época, los descendientes de los Muyscas han reconquistado su nacionalidad y, formando la mayoría de los neo granadinos, han absorbido casi totalmente á los blancos: hoy están confundidos con ellos como un sólo pueblo. No sucede así sobre las costas del Atlántico: el odio subsiste aún entre las dos razas, y, como dos polos, cargados ambos de electricidad positiva ó negativa, Santa Marta y la Ciénaga, se han levantado frente á frente. La primera de estas poblaciones tiene la ventaja de poseer un vasto puerto y comercio directo con todo el mundo; menos favorecida la Ciénaga, no puede hacer más que un pequeño tráfico de cabotaje por su laguna, teniendo no obstante la ventaja sobre Santa Marta, de estar poblada por indígenas *aborígenes* que temen al trabajo, como la mayor parte de los blancos del litoral. Por eso el resultado de la lucha entre las dos poblaciones, favorece completamente á la Ciénaga. En los valles de Sierra Nevada y en las riberas, á orillas de las lagunas, cultivan vastos terrenos de donde recogen en gran cantidad bananas, papayas, tabaco y cacao; todos los años roturan en el bosque nuevos terrenos para sus plantaciones, y recorren las lagunas en todos los sentidos con sus barcos de pesca; abastecen de legumbres, frutas y pescado el mercado de Santa Marta; sin ellos, sin su trabajo, esta villa que se duerme perezosamente envuelta en las bellezas de su hermosa playa, hubiera perecido ya de hambre. En los

últimos tiempos la rivalidad de razas se ha transformado en rivalidad política. Los Samarios (habitantes de Santa Marta) deseosos de mantener la antigua supremacía de la raza blanca, se han convertido en conservadores, mientras que los de la Ciénaga se han hecho demócratas y votan siempre á los candidatos liberales. Durante la revolución que agitaba á la república, éstos no temían invadir armados á Santa Marta, y los Samarios intentaron algunas veces tomar la revancha.

Al salir de la Ciénaga, donde mi guía me había detenido demasiado tiempo so pretexto de comprar forraje para su caballería, atravesamos un torrente, cuyas fértiles orillas aparecían plantadas de bananos en toda su longitud; después seguimos el borde del torrente sobre la arena amontonada por las olas, y, dejando á la derecha en medio de hermosos árboles el molino de azúcar, movido á vapor, propiedad del único habitante extranjero de la Ciénaga, Gerónimo Andrea, llegamos á las orillas del río Toribio, uno de los torrentes más caudalosos de la vertiente occidental de Sierra Nevada. Las ruinas de un puente arrancado por una avenida, obstruía aún su cauce; quería pasarlo á pie por un vado, aprovechando las pequeñas ramblas formadas por la corriente en medio de las piedras; pero mi guía me disuadió sin esfuerzo diciéndome que los cocodrilos habían elegido como madrigueras las concavidades hechas por el agua al pie de los antiguos pilares del puente. La mula, cargada con mis maletas, tuvo que recibir sobre su ancho lomo el peso de dos hombres y nos llevó sin la menor protesta al otro lado del Toribio.

Más allá de este río, el paisaje cambia de naturaleza. Los montes se aproximan al mar y proyectan sobre las olas los abruptos promontorios que

festonean el camino. No se ven ya más bananeros ni otras plantas cultivadas, sino sólo mimosas con espinas, gayubas y otras especies que crecen generalmente en suelos poco fértiles. El terreno, desnudo de toda vegetación, deja ver por todas partes sus venas de piedra. A veces el camino se quiebra en barrancos profundos, cuyas faldas parecen paredes enrojadas por reciente incendio. Durante el período de las lluvias, estos barrancos se convierten en impetuosos torrentes, pero durante la época de sequía es inútil buscar en ellos una gota de agua. En medio de esas tierras tostadas por el sol, sólo se respira un aire ardiente y yo creí fundirme en abundantísimo sudor ó morir de cansancio. La fatiga que empezaba á castigar mis miembros, aumentó en gran manera cuando al salir de un barranco me encontré con un camino arenoso bastante cerca del mar. Los cactus que se levantaban á la orilla del camino, como centinelas de diez metros de altura, estaban lo bastante separados unos de otros para no hacer sombra y demasiado espesos para no dejar pasar la brisa marina. Algunos guamos, cubiertos con sus flores amarillas, esparcían por la atmósfera un intenso perfume que me producía vértigos. Los perpendiculares rayos del sol caían pesadamente sobre mí y á medida que adelantábamos nos íbamos hundiendo en la arena.

—¿Cuándo llegaremos á Gaira?—preguntaba con frecuencia á mi guía.

—Muy pronto, dentro de un momento, me contestaba invariablemente. Y me imaginaba que á la primera curva del camino iba á encontrarme con una fresca casita rodeada de copudos árboles que se reflejarían en un cristalino arroyo; pero descubría nuevos cactus, levantados hacia el cielo

como un bosque de gigantescas lanzas. De repente, y sin esperarlo, mi gula, cansado como yo, saltó sobre la mula, apretó esta el paso y me dejaron solo, no teniendo otra brújula para llegar á Gaira que las huellas de las herraduras.

Estaba próximo á abandonarme á la desesperación, cuando, repentinamente, el camino desembocó en una playa, donde hacía más de tres siglos algunos cientos de españoles, rendidos y quemados por el sol, como yo estaba, fueron batidos en lucha con los indios de Gaira y arrojados al agua, pereciendo todos. Mientras seguía la orilla del mar, me volvía á la vida la fresca caricia de la brisa; pero en cuanto las vueltas del camino me internaron en el continente, perdí la fuerza y la voluntad y un calor horroroso parecía derretir mi cerebro. Una muralla de paletuvios interceptaba el paso de la débil brisa marina que llegaba hasta allí, cuando observé á lo lejos una blanca llanura de sal, cortada por pequeñas lagunas de agua.

Penosamente avancé por el agua y la arena ardiente. La sed me torturaba; la lengua la tenía pegada al paladar y mi cerebro parecía estar en ebullición; sentía escalofríos, mi piel estaba apertiginada, mis puños se crispaban nerviosamente y mis ojos estaban inmóviles; tenía frío. Temiendo á cada paso que los rayos del sol acabaran de matarme, y queriendo gozar de lo que me quedara de vida, me entregué con delirio á los sueños de náyades y tritones, corriendo locamente por lagos cristalinos y frescos, bajo frondosas y eternas sombras. Por fin, llegué á un bosque de cactus y mimosas. «¡Adelante hasta aquel árbol!», dijo en mí un resto de voluntad. Mi cuerpo obedeció. «Adelante hasta el otro», repetí interiormente. Así me iba arrastrando de nopal en nopal. De repente, vi casi

á mis pies un pequeño arroyo, que á mis dilatados ojos se apareció como un gran río; árboles de grandes ramas se alzaban ante mí; hermosas jóvenes venían á llenar sus cántaros de agua cristalina; alegres y moñetudos niños nadaban y jugaban cortando sus ondulaciones, y un rebaño de robustas vacas sorbía el agua con avidez. Tuve aún fuerza para atravesar el arroyo, y fui á caer al umbral de la cabaña donde me esperaba mi guía.

Más de una hora estuve tendido sobre un manto, confundido, estúpido, viendo pasar por delante de mis ojos mil objetos de formas diversas, y sintiendo como en sueños, que una mano de mujer me acariciaba con dulzura. Cuando desperté de mi letargo, una joven india estaba junto á mí ofreciéndome una gran calabaza llena de un licor fortificante. La joven era hermosa; sus negros ojos me dirigían miradas compasivas; su cara roja, encuadrada en un marco de flotantes cabellos, parecía resplandeciente de luz; yo creí ver en ella un hada bienhechora. Ante su presencia me sentí emocionado; mi corazón se interesó por esta mujer que tan amablemente socorría á un viajero desconocido, y estuve pensando un instante si no haría bien poniendo término á mi viaje, construyendo una cabaña junto á la orilla del arroyo de Gaira. «¿Es preciso correr el mundo como un insensato, cuando puede encontrarse la felicidad bajo una choza de ramas, á la sombra de una palmera?»

Resistí, sin embargo, á la voz interior, cuya convincente elocuencia empezaba á conquistarme é hice señal á mi guía de ponernos en marcha, internándonos los dos en un bosque. Una hora después llegábamos á Santa Marta, en el momento en que un cañonazo anunciaba la entrada de un navío en el puerto.